

Bendición del Ganado – Campo frente al estadio y la calle de la escuela primaria

Sabemos que en lo invisible hay un reino donde no podemos entrar. Está por encima de nosotros, en un lugar lejano e inaccesible. Lo invisible es el reino perfecto. Nadie por allí arrastra los pies por la tierra, buscando pan para la boca, como nosotros, aquí.

En el reino Invisible existe la fuerza que nos libra de los males del cuerpo y el alma. Creemos en ella. No conocemos su figura. ¿Será dorada como el oro? ¿Tendrá los ojos azules como el cielo? No nos importa. Sabemos que ordena a la lluvia que caiga y al sol que brille, y los días siguientes, la hierba brota por los campos, abundante y verdísima. Agradecemos la luz del Sol y la tierra fértil que se nos brinda. De ella, se alimentarán los animales. De la leche entera de cada animal fabricaremos queso para mantener nuestro cuerpo. Nuestro ganado es nuestro pan.

En el tiempo en que nacen las flores, conducimos al sacerdote al campo. Le rogamos que se paramente con las vestiduras más ricas y bendiga a las bestias inocentes, que son carne de nuestra carne y el pan nuestro de cada día. Empuñando el cáliz sagrado, rocía al ganado con agua procedente de lo alto y lo consagra a la armonía del mundo. Manifestamos nuestra fidelidad a la fuerza. Ese día, una vez al año, probamos la vida eterna con confianza y certeza. Nosotros, los que venimos del polvo. Nosotros, que somos polvo.

Isabela Figueiredo